

RODRIGO ALVARADO

CAMPO ALASKA,

UNA PARTE DE NIEVE

DE LA SERIE RELACIÓN DE LOS HECHOS / MIXTA SOBRE TELA / 1992

Contar y cantar, ya sea la cólera de Aquiles o el naufragio de un viejo marinero, José Javier Villarreal interpela en *Campo Alaska* a la Musa, a la gran memoria, para presentarnos, a través del lenguaje poético, historias, narraciones de un mundo textual y extra-textual, aguas de ríos distintos que desembocan en otra gran historia, en una vida, la del lector.

Este nuevo libro aparenta ser distinto a anteriores libros como *Bíblica* o *Santa*, nos sorprende con un lenguaje sencillo y muy narrativo, sin embargo, este último elemento ha estado siempre presente a lo largo de la obra de José Javier Villarreal porque no se trata únicamente de decir para el autor, sino de contar, de andar por ficciones que no tienen frontera.

El título nos refiere a un imaginario del lugar, a un espacio que existe en la geografía nacional, por eso creo que esta reseña pretender ser, de alguna manera, una cartografía, así como cada poema, parafraseando a Harold Bloom, es la cartografía de otro mundo imaginado. Como lectores somos exploradores que iremos registrando, deteniéndonos en el mapa de la realidad, trazando un camino que se dibuja y desdibuja, en búsquedas y encuentros.

Antes de comenzar la lectura de *Campo Alaska*, quizá debamos recordar el siguiente verso: “El mundo cambia si dos se miran y se reconocen”, de Octavio Paz en “Piedra de sol”, porque al parecer ha sido la máxima de la lírica de José Javier Villarreal desde hace mucho tiempo, los poemas que se presentan en esta nueva entrega responden a esa frase tan categórica de una de las obras cumbres de la poesía mexicana del siglo XX.

“Bajo esta soledad he construido mi casa”, primer verso de “Elegía frente al mar” de *Mar del Norte* publicado hace un poco más de dos décadas. Y es bajo esta soledad, no sobre sino bajo, que el poeta ha construido el poema, porque como ha dicho María Zambrano, “escribir es defender la soledad en que se está”, y si el lenguaje es la casa del ser, para José Javier Villarreal es una casa de cuartos vacíos donde, nos dice, “contemplo el cadáver de mis días, / la ruina polvorienta de mis sueños.” La experiencia de lo vivido es apenas un recuerdo, es quizá más un olvido como señalara Borges al hablar de las dos caras de la memoria.

Ahora en este libro que termina con la fecha de diciembre de 2011, José Javier nos dice: “Campo Alaska es una casa en ruinas”, nos relata la historia de este lugar, sus transformaciones y sus fantasmas, para sentenciar casi al final del poema que da título a este poemario, “no hay nada que ver en Campo Alaska”, y probablemente sea cierto, pero lo que interesa al poeta no es aquello que se ve, sino aquello que no alcanzamos a ver, lo que secretamente después

ES ESTE EL PESO DEL QUEHACER POÉTICO, LA NECESIDAD DE TRANSFORMAR LA PALABRA Y DE ERIGIR DE ENTRE LOS ESCOMBROS DEL RECUERDO UNA REALIDAD REVISITADA.

de conocer, ya sea Campo Alaska o el Neckar de Hölderlin, nos acompaña.

Tal es el peligro del poema, pórtico hacia lo imposible, como dijera Pessoa, porque la soledad que palpita en los versos nunca es soledad, es una defensa del espacio incomunicable de la expresión poética, de esa lucha constante con los fantasmas de los seres y las cosas, con esa existencia más poderosa que puebla la casa.

Nos enfrentamos ante la imposibilidad del decir, de transportar a la escritura una experiencia que el lenguaje no puede expresar, de una realidad que por ser demasiada no soportamos. Es este el peso del quehacer poético, la necesidad de transformar la palabra y de erigir de entre los escombros del recuerdo una realidad revisitada.

En todas las palabras de un poema ha de leerse su *necesidad*, dice Eugenio Montejo, así como pensara Rilke que todo poema debe surgir de una necesidad. José Javier Villarreal en *Campo Alaska* viste esa necesidad con anécdotas, con historias, con eventos cotidianos pero advirtiendo la calidad secundaria de los temas porque la experiencia de la que nos habla es de:

Esas anécdotas más soñadas que vividas, que
con todo y poema,
a casi nadie interesan.

Y en esa continuidad entre lo que se vive y se sueña nos sitúa en el problema de la ficción, de *La vida es sueño*. La sombra, la ficción calderoniana que nos entrega más que una experiencia, un padecimiento, un *pathos* que implica al lector con una farsa tan verdadera como falsa.

LA URGENCIA POR HABLAR EL LENGUAJE DE SOMBRAS DE LOS OBJETOS, MANCHAR LA PULCRITUD DE NUESTRA RUTINA, ESPERAR EL CRUCE DE MIRADAS, DETENERNOS AL FILO DEL LENGUAJE POÉTICO PARA HABITAR POR UN INSTANTE LOS NOMBRES.

Y he aquí el centro de este libro, el lector, que para Villarreal es el gran protagonista del poema, el habitante de la casa construida durante el hecho estético del encuentro entre lector y libro como apunta Borges. Porque si bien la poesía épica estaba dirigida a un público para decir *nosotros*; la poesía lírica se dirige a esa inmensa minoría de la que hablaba Juan Ramón Jiménez, para decir *yo*.

Partiendo ahora, no del sujeto que narra sino del sujeto que lee, la realidad del poema no es algo que se confunda únicamente con la vida del autor, el lector participa en la vida del poeta borrando las fronteras entre experiencia narrada y experiencia vivida.

Pero la imaginación no se detiene en una única mirada. Nuestras lecturas nos sorprenden en una realidad no prevista. José Javier nos impele a visitar una experiencia que necesita la complicidad de otro. Un fantasma acecha en el regreso, una parte de ruina que se resiste a partir, una *parte de nieve* para recordar al poeta Paul Celan, un resto incomunicable de cada visita a un territorio de lo que fue resguardado en esa morada.

Y la sensación de que todo es sueño como *cosa real por dentro*, verso de Pessoa, pero pareciera que Villarreal lo hizo suyo para entregar a sus lectores una visión de la realidad, mejor dicho, una realidad visionada, una geografía de lo íntimo que descubre historias en la indiferencia de las sillas y el silencio de las cosas.

Nos acercamos como lectores al imposible-real de la poesía, a un lenguaje poético que carga al poema de una emoción que resiste ser descrita-escrita, nos dice José Javier Villarreal:

Pareciera que la realidad se resistiera a los lugares comunes,
a la lógica del texto, al sentido del ritmo, a la ingeniosidad de la metáfora (...)

Recordemos a Borges, quien dice que el hecho estético es tan indefinible como el sabor de una fruta o la cercanía de una mujer; o pensemos como Charles Simic, que nos recuerda que la poesía dice con palabras lo que no puede expresarse con palabras.

No obstante, el poema presenta una paradoja, una experiencia de lo inexperimentado, aparición de

lo real como potencia que recrea una realidad que trasciende su propia lógica, que subvierte los límites de la misma, haciéndonos caminar entre el abismo de las palabras y los significados.

Existe la posibilidad de perdernos en el olvido, de no recordar el otro que somos, de ser el niño, el adolescente o el adulto y restarle importancia a tales categorías. La urgencia por hablar el lenguaje de sombras de los objetos, manchar la pulcritud de nuestra rutina, esperar el cruce de miradas, detenernos al filo del lenguaje poético para *habitar por un instante los nombres*.

Campo Alaska es el lugar, es el pretexto al texto, se encuentra en Tecate, Baja California, es por así decirlo, el elemento extraliterario, el que existe *como cosa real por fuera*. Pero los caminos y senderos trazados por el poeta, nos hacen pensar en la sentencia de Novalis: la poesía es lo real absoluto. Porque lo que el poema pueda expresar más allá de sus limitaciones es capaz de transformar la realidad que apenas comprendemos:

En el cuerpo de la noche
donde cuelga el silencio que rasguña las ventanas.

Podemos decir que los versos anteriores son falsos, que la noche no tiene cuerpo y que el silencio no cuelga ni rasguña las ventanas. Pero no podemos negar la verdad de la imagen poética construida, no dudamos ni un momento de su realidad.

Pero el peso de la sombra que atina en revelar la memoria oculta bajo los escombros del recuerdo es la presencia de la ausencia, porque lo que se propone José Javier Villarreal puede resumirse en las siguientes palabras de José Ángel Valente: “entrar no ya en el hoy, sino directamente en la memoria.” 